



KONVERGENCIAS LITERATURA

**Año III, Número 11, Octubre 2009.
ISSN 1669-9092**

CIFRADO ESPEJO¹

Edgardo López Ferrer (Puerto Rico)²

Del poema

Soy
el caos y el universo,
las sombras de la nada,
el infinito;
el ir y venir de la jornada.
La materia
En todos sus elementos;
el primer y último día
del mítico canto
de los ruseñores.

Innumerable soy,
como siempre he sido.

¹ Los poemas que reproducimos aquí pertenecen a *Cifrado Espejo*, Editorial Guajana; San Juan de Puerto Rico, 2005.

² Doctor en Filosofía y Letras, City University of New York. A mitad de la década del 70 se ubica en el área del Bronx donde trabaja director del Programa de Estudios Afro-Americanos y Puertorriqueños de C.U.N.Y. y como consultor educativo bilingüe de la Red de Educación Bicultural/Bilingüe del Bronx. Iniciándose la década de los ochenta regresa a Puerto Rico como profesor del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Cayey, y también como director del Seminario de Bibliografía Eugenio María de Hostos, de la misma. Pertenece a la generación poética de los años sesenta, en particular al grupo Guajana, al que está integrado desde sus orígenes. Su poemario anterior es *Contrabando*, y ha sido incluido en numerosas antologías dentro y fuera de su país.

Soy
el espejo de la muerte,
el río heraclitiano, la piedra y el árbol,
el cielo y el mar,
la luz y las tinieblas.

Soy
todas las voces y el silencio,
la tristeza y la desventura,
el amor y toda la alegría.
En plena soledad cabalgo sobre el verso.
Regreso del olvido.

Soledad

Ya no estamos.
Distante está la orilla.
El pájaro detiene el aire.

La casa, inmóvil río.
El sillón, velando su fatiga.
El árbol, ya no sueña.

No hay palabras.
La luz intenta asir la nada.
Ya no somos.

No es la piedra

No hay sombra
que le arranque
a la memoria
el reto del amor,
si por la dulce savia
-cauce mayor-
nos encontramos.

Vivir,
sabernos de repente
a pleno corazón
en este horror sin pan

ni primavera,
en medio de la diaria cuchillada
es más que desamor.

El hombre duele.
Y en su doler
acorralamos la mirada.
No es tiempo para el llanto.
Es la hora saturada de espejos.
No es la piedra quien vela,
sino la sangre.